

*¿Una canonización con significado político?**

Dr. Jorge María Bergoglio, SJ.
Obispo Auxiliar de Buenos Aires

Hoy en Paraguay, Juan Pablo II tiene previsto canonizar a tres jesuitas, los “mártires rioplatenses”: el asunceño Roque González de Santa Cruz (1576-1628) y los españoles Alonso Rodríguez (1598-1628) y Juan del Castillo. El hecho de que la canonización se realice fuera de Roma, en el mismo lugar del nacimiento de uno de ellos y en el sitio referencial de sus correrías apostólicas, en el Paraguay de hoy, podría hacer pensar a algunos si no existe cierta referencia política, cierto mensaje subliminal para el país mediterráneo, para la situación concreta en que vive, y para toda Latinoamérica.

La pregunta no es descabellada. Si bien una canonización es un hecho religioso, resultaría ingenuo pretender relegarlo a la sacristía o a la vivencia interior de los creyentes. La pregunta, pues, a plantearse sería: ¿cuál es la significación política?

El general de la Compañía de Jesús P. Kolvenbach marcó la direccionalidad política al calificarlo como un “signo de Dios, como una llamada y un reto, como un estímulo y un aliento. La vida, la actividad y el martirio de estos tres compañeros de Jesús tienen un mensaje de gran actualidad, aunque hayan vivido hace cuatro siglos”. Y da la razón de esta afirmación en una sencilla pero profunda reflexión teológica: “Los santos son precursores. Guiados por la luz de una fe viva, saben comprender antes que nadie las intenciones de Dios”. Estas intenciones de Dios afectan a una modalidad apostólica que el mismo general de los jesuitas resume así: “El P. Roque González y sus colaboradores están entre los pioneros de una de las obras religiosas y sociales de mayor alcance y clarividencia en la historia de la Compañía y de las misiones: las ‘reducciones’, es decir, aquel método de evangelización integral que valorizando las cualidades y los derechos de los indios, insertándose en su cultura originaria, les abría a nuevos horizontes comunitarios defendiéndolos de toda forma de explotación y les conducía por los caminos de la fe hacia una plenitud de vida cristiana, personal y comunitaria”.

Es obvio que se quiere señalar, de manera precisa, esa dimensión apostólica tan propia de la revelación cristiana, que aflora ya desde el comienzo mismo del cristianismo: el diálogo entre la fe y cultura o, si se prefiere otra

* *Revista del V Centenario del Descubrimiento y de la Evangelización de América*, Número 2, 1993.

formulación, la evangelización de la cultura y la inculturación de la fe. Fe y cultura no son realidades radicalmente extrañas entre sí.

“Cada hombre, cada pueblo -dice Juan Pablo II-, está llamado a responder al amor del Señor con sus propias cualidades, sus propios talentos, sus propias posibilidades. De esta manera nuestra cultura personal y la de nuestro pueblo expresa la universal vocación cristiana encarnada de un modo particular”. Las culturas son el lugar donde la creación se hace autoconsciente en su grado más alto. Por ello llamamos cultura a lo mejor de los pueblos, a lo más bello de su arte, a lo más habilidoso de su técnica, a lo que permite a sus organizaciones políticas alcanzar el bien común, a su filosofía dar razón de su ser, y a sus religiones ligarse con lo trascendente por medio del culto.

Un pensador argentino, refiriéndose a esa problemática, se expresaba así hace poco menos de tres años: “Hoy día, en América Latina, hay necesidad de santos, creadores de cultura en el seno de su pueblo, y por ello, evangelizadores de la cultura”. Los tres hombres que son canonizados en el Paraguay son santos, son creadores y evangelizadores de cultura, supieron -a la vez- inculturar la fe en aquellos pueblos en los que se insertaron.

En esta tarea aparecen -en este caso- tres rasgos que les son comunes a los tres y configuran el estilo de santidad de ellos dentro del marco de la evangelización de la cultura e inculturación del Evangelio. Aparecen bien resumidos en pasajes distintos de escritos y cartas del P. Roque González. Le escribe a su provincial: “... pues, con haber hecho todo lo que pude y haber arriesgado mi vida por dos veces, por no desamparar aquellas pobres almas, todo cuanto yo trazaba se deshacía, y se armó todo el infierno contra mí...”. El coraje apostólico de este hombre y de quienes abrieron brecha en el monte y en las almas no temió al conflicto. Coraje que encara el conflicto, no para enredarse en él, sino para superarlo sin eludirlo. En América Latina este coraje tiene un enemigo muy grande: el miedo. Miedo que, ante los extremismos de un signo u otro, puede llevamos al peor de los extremismos: el extremismo de centro, depotenciador de todo mensaje. El coraje apostólico es creativo y por ello no queda enredado en ningún conflicto.

En otra carta el P. Roque decía a su provincial: “Puesto que vivo muriendo aquí y temo perder el juicio, según tengo la cabeza cansada y quebrada con la continua guerra que siempre tengo con tantos escrúpulos y tanta soledad y melancolías; con todo, digo estar resuelto a estarme aquí aunque muera mil muertes y pierda mil juicios, que no serán para mí pérdidas sino ganancias...”. Este sería un segundo rasgo del estilo de santidad de estos hombres: constancia y paciencia. Es como el reverso del coraje. El aguante apostólico de todos los días que acerca a la contemplación del sufrimiento y de la fiesta, del gozo y del dolor. Paciencia, constancia, aguante, que abre el corazón a la

participación con los pueblos, con sus valores, y así se da un sentido creativo a la pastoral de la cultura.

El coraje y la paciencia siempre se dan en la cruz. Este es el tercer rasgo. “Y lo que fue de mucha devoción es que los indios levantaron una cruz delante de la Iglesia, y habiéndole dicho la razón porque los cristianos la adoramos, nosotros y ellos la adoramos todos de rodillas...”. El signo de la cruz, de la cruz donde el Verbo llevó a cabo su obra de redención insertándose totalmente en nuestra naturaleza de hombres, en nuestra cultura.

Estos tres rasgos de santidad de estos hombres encuadran su afán evangelizador. Ellos “supieron comprender antes que nadie las intenciones de Dios”. Si nos replanteamos la pregunta inicial sobre el significado político de esta canonización no podemos dudar en señalar esta dimensión del amor maternal de la Iglesia: evangelizar las culturas e inculturar la fe en los pueblos, dimensión que, en estos tres hombres, tuvo tres rasgos: coraje apostólico, constancia y sentido de la cruz. Y todo esto tiene también significación actual para el pueblo de Dios, es decir, significación política.